

LOS EXTRAÑOS PODERES DEL DIOS THOTH



Desde los tiempos más remotos, la religión egipcia ha sido objeto de especulaciones filosóficas y teológicas que trataban de poner orden en las heterogéneas concepciones que surgieron y se desarrollaron en las regiones del antiguo Egipto. Y como los teólogos más conocidos de todos fueron los de Heliópolis (adoradores del sol), a primera vista parece que el culto del sol prevalecía sobre el lunar.

En realidad, en Egipto la importancia de la luna era comparable a la del sol. En efecto, el calendario se basaba en el ciclo lunar, y se tenían muy en cuenta las influencias lunares: baste con pensar en la importancia que el flujo de las aguas del Nilo tenía para la fertilidad de la tierra. Además, el célebre mito del ojo de Horus (Horus, en este caso, era el dios del cielo), es, en gran parte, lunar. El sol era el ojo derecho, y la luna el izquierdo:

"Estos ojos divinos que propagan la luz de la mañana a la noche",

Hacen pensar en la luna y el sol como dos aspectos de la misma divinidad; en cambio, los ritos funerarios se basaban en una concepción del destino referida al movimiento cíclico del astro.

Además, hubo muchos dioses egipcios que personificaron al astro nocturno. El más antiguo, y tal vez el más específico, se llamaba Thoth, y era al mismo tiempo la luna, su protector y su enemigo. Como luna, ya encontramos referencias suyas en los Textos de las pirámides, donde el rey obtiene la promesa de que **"aparecerá en el cielo como Ra (el sol) y lo atravesará como Thoth"**.

Como protector, Thoth tenía encomendada la tarea de encontrar el ojo que había perdido Horus (durante la fase en que la luna está ausente del cielo) y llevárselo. Un texto del Imperio Medio dice: **"Yo soy Thoth y he venido a por el ojo de Horus. Lo encuentro, lo he contado (!) y lo he encontrado completo, sano y en buen estado"** (lo de contarle se refiere a las fases lunares).

El papel de enemigo es menos preciso, y forma parte de esa concepción de los egipcios, que atribuían a sus dioses la tarea de mantener el orden en un universo que, a su modo de ver, tendía a autodestruirse. Así, la fase creciente de la luna debía ser estimulada, mientras que la menguante era de alguna manera un fenómeno natural. Thoth, como guardián de la luna, se convertía en un mal guardián al no poder evitar que desapareciera, y se suponía que ello era debido a que se quedaba con algún pedazo.

Además, Thoth era el mensajero de los dioses, el protector de los magos y el inventor de la escritura, las artes y las ciencias. Se creía que con sus fórmulas controlaba las inundaciones del Nilo; éstas, medidas en codos, correspondían al número 28, el mismo que el del ciclo lunar. En efecto, la luna, con su nacimiento, crecimiento y desaparición, era el símbolo del ritmo vital, de todo lo que cambia y se transforma. Se consideraba que su fase creciente era bienhechora, mientras que la menguante era nefasta, y tanto las plantas (la cebolla) como los animales (el cerdo) que crecían o se apareaban en esta última fase, oponiéndose obstinadamente al ritmo natural de todas las cosas, se consideraban impuros, y los sacerdotes no los comían.

Junto a Thoth estaba Khonsou. Este dios, cuyo nombre literalmente significa **"El que atraviesa"**, se representaba como una momia de rostro joven con un mechón de cabellos encima de la oreja, símbolo de la juventud y de su calidad de heredero. Llevaba sobre su cabeza el emblema lunar, y las manos que emergían del sudario sostenían los cuatro símbolos del poder.

Al igual que Thoth, Khonsou regulaba el tiempo y su duración, era juez y ministro, mago, consejero y curandero. Pero la divinidad egipcia más claramente lunar fue Osiris, cuya relación con el ciclo del satélite estaba indicada con cifras simbólicas: Osiris reinaba en Egipto durante veintiocho años, y Seth le mataba el día 17 de cada mes (comienzo del menguante), su cuerpo era descuartizado en cuatro trozos (equivalentes a los días de las dos fases lunares) que se introducían en un ataúd con forma de media luna, su colocación en la tumba se relacionaba con los eclipses y su nacimiento se festejaba cuando se iniciaba el cuarto creciente. En la gran estela de Ramsés IV se puede leer de Osiris-luna:

“Tú eres la luna en el cielo, tú te rejuveneces a voluntad y envejeces cuando quieres. Tú sales para expulsar a la oscuridad, ungida y vestida por las Enéadas; entonces se pronuncian encantamientos para glorificar a sus majestades y llevar a los enemigos al lugar de la ejecución. Así se dice. Es un texto escrito, no una tradición oral, y los vivos cuentan los días y los meses y los suman, para saber la duración de sus vidas”.

Y Plutarco, comparando la religión egipcia con su cultura grecorromana, un siglo después del nacimiento de Cristo, no dejará de subrayar el paralelismo entre la pasión y la resurrección del dios con el ciclo lunar.